

ESCUDO Y PIQUERA

Tierna prosa a color

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

ES difícil hacerla, y en verdad que muchos se la proponen, y no la logran. Quizás deban darse condiciones muy especiales, más allá de las que son inevitables en todo buen prosista. Más aún, si al escribir han de ir coincidiendo narración y exornos, porque, eso también, sin colores no hay modo de que lo demás pueda brillar y hacerse así visible, y si puede ser, ostensible. La prosa del contar por narrar, a secas, tiene poco predicamento, escribía Martín Alonso. ¿Y la que se hace con ternura, en cuanto al asunto, también en orden al modo?

En esa línea mantenida con predilección, nos llega un nuevo libro de Paula Contreras. Cuantos viven por las tierras cordobesas de Moriles, y entorno, y los que tienen a Granada y Puerto Real por presencia afectiva, o residencia, respectivamente, saben de esta perseverante escritora, símbolo mayor de «Madrigal», aquella tertulia y ese grupo aún vivo, que sigue presidiendo Juan Ignacio Varela, donde Eduardo Gener, nuestro almirante, ejerció como fundador y gran poeta que fue — «el Inolvidable Eduardo», acaba de decir el poeta gaditano, «admirador del espíritu de humildad», Fernando de Benito, en recientes y originales confesiones— y sigue siendo en el recuerdo de los muchos que le evocamos.

Gener, el de los preciosos «Cantares de travesía» y «La mar que llevo dentro», nos hizo conocer a Paula, hace distantes y siempre vivos años, y desde entonces ocupa cordialísimo lugar en nuestra amistad y nuestro tiempo de lectura. Recientes todavía sus últimas novelás largas — «Laguna grande» es un gratisimo relato— publica ahora «Cuentos» un prodigio de naturalidad, sencillez, buen hacer y ternu-

ra, como en la resonancia de doña Cecilia, pero aún más rica y varia prosa en la abundancia de colores. «Tierna prosa a color» de la autora, de la que, al final de una alegre introducción, María Victoria Gallardo señala que «los cuentos de Paula Contreras nos hacen buenos». Eso, después de haber escrito también que «fragan en el calor del corazón de la autora y en la imaginación de quienes la leen».

Son razones para una lectura que ahora, por mala suerte, no suelen abundar en tantas obras que sólo lo son porque han sido editadas. Cualquiera de los catorce títulos que se contienen en este volumen, magníficamente impreso en tierra granadina, en edición amable, oferente de tan diversos temas, como el «Niño feliz», del que Paula Contreras llama «País de la Blancura indómita», segundo de los textos, pero de indudable maestría, con panorámicas impresionantes como la del «Asomadero», un abismo más que escrito, tallado naturalmente, como decía Tomás Borrás que fue uno de los mejores españoles de los años treinta, del relato breve.

Paula Contreras, y es sólo una muestra de su cromatismo, en ese «Asomadero», escribe: «y lo habían bordado con barandas de hierro, para que las calles no se escaparan a jugar con el río y a meterse entre los árboles de raíces gordas, que siempre se estaban bañando». Todo el libro está escrito así, potenciando la riqueza botánica, acariciando la animalia doméstica, por variedad nominante, color, retozamiento, alegría corredora, como una fiesta colgada en el espacio y la montañería sustantiva de muchos lugares serranos de los entornos de nuestra geografía. «Y todo —dice la autora— el aire, la lluvia, el río, las piedras, los árboles, las flores, con una

envoltura de inocencia y esperanza».

Ocurría todo así, como un alud de colores, al modo, recordamos leyendo a la exquisita escritora, como decía Dámaso Alonso que se sucedían los colores en la poética — ¿quién no la hizo fundamento de su estética? — de aquel fabuloso escultor de colores que fue Góngora. Incluso, en el último cuarto del XIX, Antonio Trueba, no precisamente un riguroso, pero sí de fácil éxito en su época, escribió entre muchos, una breve historia que llamó de los «varios colores». Era éste, tiempo en que a los cuentos de moda, solían llamarse «paisajes embebidos».

La virtud vuelve a brotar por nuestra tierra, merced a la pluma, de gentil abuelazgo, de esta prosista de la delicadeza y la ternura, que grácil y directamente — aquella gracilidad que noblemente envidiaba Alfredo Marquerie — cultiva, como muy poca gente ahora, ese modo de manejar la ternura y el color con difícilísima sencillez. En ella, una ascendencia narrativa resuena por Paula Contreras, en plena creatividad es donde los pinos y las canteras puerorreales: Fernán, Valera, Coloma... Sí, pero es justísimo decir que Paula los supera, en este pequeño y gran mundo del cuento clásico, en el poderío bellísimo del color. Dígalo, sino, ese relato familiar «Papá Eolo, Mamá Eola y Eolito» — toda una delicia descriptiva — dedicado a «mi nieto Carlos, en Algeciras» — ¿hemos nombrado algún «aireario» a lo Juan Ramón? — donde se escribe lo que sigue: «Papá Eolo levantó la cabeza malhumorado. Se levantó a su alrededor, una polvareda muy grande y voló por alto toda hojarasca y los pájaros gritaban: ¿Qué es ésto? ¿Adónde vamos? ¿Quién nos empuja? ¿Cuándo podremos volver a nuestros nidos?». Tierra prosa a color...